

¡Su misión maternal perdura!



Por: Mons. Victorino GIRARDI, m.c.c.j., obispo emérito de Tilarán-Liberia

Es a ella (a María, Madre de Jesucristo) a quien, de manera plena y única, cabe atribuirle esa afirmación fundamental: «Dios ha querido confiar la humanidad a la mujer».

1. El 15 de agosto de 1988 san Juan Pablo II publicó la carta apostólica *Mulieris Dignitatem* (*Dignidad y vocación de la mujer*). En su profunda meditación nos propone una afirmación que, como otras, ha nacido... «eterna». Él ha escrito: «Dios ha querido confiar la humanidad a la mujer». Y es fácil ver en la amplia meditación que nos ofrece en dicha carta como un detallado desglose de esa afirmación. San Juan Pablo II reconoce que «la dignidad de la mujer y su vocación, objeto constante de la reflexión humana y cristiana, ha asumido en estos últimos años, una importancia muy particular. Esto lo demuestran, entre otras cosas, las intervenciones del Magisterio de la Iglesia, reflejadas en varios documentos del Concilio Vaticano II, que en el mensaje final, afirma: “Ilega la hora, ha llegado la hora en que la vocación de la mujer se cumple en plenitud, la hora en que la mujer adquiere en el mundo una influencia, un peso, un

poder jamás alcanzado hasta ahora. Por eso, en este momento en que la humanidad conoce una mutación tan profunda, las mujeres llenas del espíritu del Evangelio, pueden ayudar tanto a que la humanidad no decaiga» (MD1).



«Fátima es una expresión más, y muy elocuente, de lo que es la misericordiosa voluntad de Dios y que consiste en “que todos se salven”»



Durante este año se celebra el primer centenario de las apariciones marianas en Cova de Iria (Fátima)

2. En esta carta apostólica, guiándonos en su meditación, san Juan Pablo II hace constante referencia a María, la Madre del Señor. En el desarrollo de su reflexión, el paralelismo Eva, la madre de los vivientes, y María, Madre del Viviente (Cristo), es constante. Es a ella a quien, de manera plena y única, cabe atribuirle esa afirmación fundamental: «Dios ha querido confiar la humanidad a la mujer». Ante todo, el Padre le ha confiado la «sacratísima humanidad» del Verbo, Hijo de Dios en la eternidad, Hijo de María en el tiempo. Es ella que ha traído a Jesús a la tierra, «haciéndole vivir muy cerca de nosotros, de tal modo que nadie puede prescindir de su maternidad» (papa Francisco).

Ella cuidó de su Hijo hasta el fin: lo acogió en su seno inmaculado en la concepción, lo alimentó cuando niño, lo acompañó cuando adolescente, y no «lo pierde de vista» durante su vida pública de misionero itinerante, y lo vuelve a acoger en su regazo cuando muerto lo bajan de la cruz.

Como lo afirma el Concilio Vaticano II, María, la nueva Eva, ya gloriosa en el cielo, cuida con el mismo amor a todos los que su Hijo Jesús ha redimido. «Ella es nuestra madre en el orden de la gracia, y esa maternidad perdura sin cesar (...) pues, asunta a los cielos, no ha dejado esta misión salvadora, sino que con múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna. Con su amor materno cuida de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan y se hallan en peligros y ansiedad hasta que sean conducidos a

la patria bienaventurada» (*Lumen gentium* 62).

3. A lo largo de la historia de la Iglesia, María santísima nos ha dado múltiples y variadas manifestaciones de su cuidado maternal de los «hermanos de su Hijo», desde cuando perseveraba en oración con los apóstoles en el cenáculo, en espera de Pentecostés, hasta nuestros días y... hasta siempre.

Durante este año, estamos celebrando el primer centenario de una de estas manifestaciones: las apariciones marianas en la Cova

de Iria (Fátima), del 13 de mayo al 13 de octubre de 1917, a Lucía de 10 años, a su primo Francisco de 9, y a la hermanita de éste, Jacinta de 7.

¡Cuánto se ha escrito, atinando y... desatinando en torno al «fenómeno Fátima», particularmente acerca de sus «secretos».

Sin embargo, más allá de tanto «ruido», Fátima es una expresión más, y muy elocuente, de lo que es la misericordiosa voluntad de Dios y que consiste en «que todos se salven» (1Tim 2,4). Esa ha sido la «pasión» de Jesús que suplicaba: «Padre, que nadie se pierda y quiero que donde esté yo, estén también ellos» (Jn 17,12-24).

Es la misma «pasión» de María, la que en Fátima nos transmitió por medio de tres pastorcitos analfabetos, pero que hicieron propia la misma «pasión» por la salvación de los pecadores y que por ellos fueron capaces de los sacrificios humanamente incomprensibles para unos chiquillos de su edad. A dos ya beatos, Jacinta y Francisco, el papa Francisco acaba de canonizarlos: son los santos (no mártires) más jóvenes del calendario cristiano.

Aprendiéndolo de ellos y con ellos, también nosotros seguimos orando: «Oh, Jesús mío, perdona nuestras culpas, presérvanos del fuego del infierno, lleva al cielo todas las almas, especialmente las más necesitadas de tu misericordia».

